

## HOMENAJE POSTUMO AL DR. FERNANDO OCARANZA

### IV

#### EL DR. OCARANZA COMO RECTOR. EL HOMBRE Y SU TIEMPO\*

DR. DONATO G. ALARCÓN.

**C**OMPRENDER a un hombre dentro de su tiempo y de las circunstancias que le rodean, es tarea difícil, como toda aquella que la historia moderna emprende. Todo juicio, que de una personalidad de valer, se adelanta desde el balcón contemporáneo, a la luz de las cosas de hoy, de acuerdo con las ideas que privan, peca de ligero, de superficial y muchas veces de injusto.

No es que los tiempos hayan cambiado mucho desde aquellos en que Ocaranza actuó como Rector. Ni siquiera podemos asegurar que son mejores estos lustros que aquéllos. Aún puede temerse que en un momento inesperado un salto hacia atrás nos revele que el ambiente hoy no es mejor en lo ético o en lo cívico.

Sin embargo, hay la sensación de que hemos cambiado, no los hombres, sino el escenario.

Cuando don Fernando Ocaranza pasaba por los ires y venires que a veces impone el ascenso a una posición, que cándidamente suponemos no requiere gestiones, visitas, entrevistas, sondeos, en las antecámaras del favor, aun nos encontramos al salir de una etapa en que había de visitarse al "jefe máximo" para contar entre los prohombres. Detentaba la presidencia de la República un militar, consecuente con el "statu quo" del maximato; hombre pacífico aunque salido de la Revolución que parece lo premió generosamente. A punto estaba de abordar el carro de mando otro militar de manifiesta inclinación a la izquierda, valeroso e inteligente pero inculto en el sentido que los universitarios pretendemos que debe ser la cultura, ligada a la pasión de la verdad en cualquier campo que se encuentre, y con la mira de mejorar el nivel de la nación, en cuanto a la misma cultura.

\* Palabras pronunciadas por su autor en la sesión del día 19 de mayo de 1965.

No podía aun esperarse de nuestros presidentes una comprensión generosa de lo que es la Universidad Nacional, de sus necesidades, de su trascendencia para el futuro de la comunidad y el título de "hombre de ciencia" parecía otra manera de llamar a los "científicos" del régimen caído en 1911.

Por eso la llegada de un hombre de la calidad de Fernando Ocaranza a pesar de haber tenido qué dar algunos pasos que por sesgados fueron ingratos a su modo de ser en el acceso a la Rectoría, tenía que llevar a choques y a situaciones que eran sólo adecuadas para un hombre de su temple.

Que la comprensión de la importancia de la Universidad para la vida nacional no era atributo de nuestros gobernantes, lo dice el que, el Rector anterior, no obstante su inteligencia, su honor al lema de "Austeridad y Trabajo", y sus nexos con los financieros, había reducido el presupuesto de la institución a un millón y medio de pesos, que podrían representarse por tres partes iguales: medio millón, los réditos de su patrimonio; medio millón de cuotas escolares y otro tanto se esperaba del favor ajeno, como donativos.

Todas las actividades de don Fernando en la Rectoría se destacan por su marcha al objetivo, en forma de ataque de frente; su demanda es agresiva y categórica.

Su lucha ante la imprecisa posición de las instituciones públicas para asentar con solidez a la Universidad como representativa de lo mejor de la cultura, vale decir, lo mejor de la patria, tenía que tropezar con otras voluntades adversas. Ya no hubo que enfrentarse a Calles, a quien sólo visitó en las postrimerías de su dominio, pero hubo de encarar la actitud resuelta, a veces admirable de otro hombre, otro presidente valeroso, como para deshacerse del yugo del maximato y para consolidar a la nación como dueña de su subsuelo.

Ese hombre fue llevado a emitir un decreto de valor histórico en el que ordenaba que en la Universidad se impartiera "la enseñanza orientándola en un sentido netamente científico, alejado de los fanatismos y prejuicios para formar entre los jóvenes un concepto del universo y de la vida social, de acuerdo con los descubrimientos de las ciencias, y engendrar en ellos el sentimiento del deber de cooperar con el pueblo en la transformación de la sociedad mexicana, para lograr la más justa distribución de la riqueza y la elevación moral y material de las clases trabajadoras".

Contaba don Fernando, y debe creérsele, que cuando el presidente autor del decreto le requirió a reconocer el contenido del artículo que definía y normaba la educación, según el gobernante, contestó a la pregunta: "¿Qué le cuesta a usted reconocer el artículo tercero?"

"Nada menos" —replicó— "que mis veintitantos años de profesor de biología y de fisiología, pues toda pretensión para explicar exactamente al universo y a la vida social se opone al devenir de la ciencia, cuyas verdades, hay que calificarlas como provisionales".

La vida universitaria de don Fernando Ocaranza en adelante, fue una serie de combates verbales, de actitudes resueltas para defender el erío que fue llamado a regir. Acusado por los bandos que aspiraban a detentar el poder moral que significa la hegemonía de los valores universitarios, agnóstico que en nombre de la libertad desdeñaba mostrarse como tal, ante quienes le acusaban de profesar con las derechas, viose en la posición en que tantos rectores se han visto en nuestro país. Sin embargo, alguna vez hizo manifiesta su posición filosófica obligado por la diatriba opresora que cercaba a la Universidad, y contestando el cargo de asociación inmanifiesta con los grupos opuestos al gobierno e inclinados hacia la llamada derecha. Es entonces cuando escribe su profesión de fe: "Por cuanto a mí se refiere, desde la edad de catorce años soy liberal, libre pensador y racionalista y durante los veintinueve años que tengo de profesar la fisiología humana, ni un solo día he dejado de presentarme como determinista y defensor de la teoría fisicoquímica de la vida". ("La Tragedia de un Rector", Pág. 411. Carta a don Mariano Silva y Aceves).

Entendemos que esta firme posición fue la que mantuvo hasta el fin de sus días, y lo coloca como ejemplo de los hombres libres de México.

Tocole en esa postura, defender a nuestra Universidad contra la agresión pertinaz de quienes deseaban arrastrarla hacia un bando o hacerla morir por estrangulamiento económico. El bajo nivel de sus ingresos apenas rebasando los tres millones en 1933, para una población de 10,000 estudiantes.

La pobreza de la masa estudiantil o la renuencia de una porción de ella a participar en los gastos con su parte; la casi ausencia de donativos espontáneos, que se apuntan en la declaración de que en ese año sólo se recibieron por ese concepto 859 pesos, muestra el lamentable nivel a que llegaron, no hace muchos años por cierto, las finanzas universitarias. Es honroso que mantuviese Ocaranza, el decoro y la dignidad, como parece que están llamados a hacerlo los pocos hombres que se agrupan en las horas sombrías de la nación para velar por su integridad o por su patrimonio intelectual representado éste por la Universidad Nacional Autónoma.

Yo representaría a don Fernando Ocaranza, a través de toda su vida antes de ser universitario, y siéndolo, como una figura a que se prestaba su elevada talla, su ademán resuelto, su voz incisiva y acerba, como un hombre que defendía su verdad con pasión, o su pasión por sí, con un mandoble ya largamente blandido en el atardecer de sus años, que enarbolaba y daba tajos a diestra y siniestra, hiriendo a muchos, a veces a los suyos, a sus propios amigos, con ese mandoble que, de tanto usarlo, había perdido ya la empuñadura y el luchador seguía asiéndolo por el doble filo que a cada golpe hería al agresor pero penetraba en la propia carne de sus manos sangrantes. Entró siguiendo el filo de su verdad y probó esa amargura que, sin embargo, nunca le fue inesperada.

He ahí al hombre, que un día dirigió a nuestra Universidad y a quien como otros lo puso a prueba la adversidad.

Quienquiera que se adentre en el estudio de la historia universitaria de México, encontrará estos motivos de reflexión:

Los rectores llegan a hacer una corta vida activa, conduciendo la Universidad con resultados que merma la frustración.

Por las diarias injusticias de que se les hace víctimas, sufren una transformación de su energía que puede revelarse por la ira que el hombre culto alcanza a filtrar por el fino cedazo de la ironía.

La necesidad de luchar no deja lugar al impulso constructivo y de planeación, y la lucha ha de ser obligadamente de frente, y no mediante la astucia a que en otros ambientes se suele recurrir.

La cotidiana preocupación por la economía universitaria hace gastar demasiadas horas, que se roban a la organización y a la proyección hacia el futuro, porque el rector es llamado a responder por todas las deficiencias que emanan de la pobreza.

A todo esto, pocos espíritus resisten con éxito para su prestigio y con provecho para su labor por lo que el progreso sufre de demora y la sensación del esfuerzo fallido rodea como una sombra a quienes aceptan el amargo privilegio de servir a nuestra gran casa de estudios.